

Juglar

Rafael
Marin



«Mio Cid de Vivar, mi señor Campeador. Valencia te llama. Levántate y anda.»

Cuenta la historia que Rodrigo Díaz de Vivar, Mio Cid, ganó su última batalla después de su muerte. Dicen que ataron su cadáver al caballo y que así, muerto, guió a su ejército a la victoria. Efectivamente, un domingo del mes de julio del año de gracia de 1099, no pudiéndose recuperar de una herida en el cuello, vio la muerte Mió Cid. Sin embargo, fue gracias a las artes mágicas de las tres religiones monoteístas conjugadas que, en presencia de la viuda Ximena, de los capitanes del ejército y del obispo don Jerónimo, el cuerpo sin vida del Campeador resucitó por un día. Un día en el que debía de nuevo defender la ciudad del enemigo almorávide. El artífice del hechizo fue, a petición de Ximena, Esteban de Sopedrán, juglar también conocido como Estebanillo o sencillamente, Truhán.

JUGLAR: El chocarrero que trata y habla siempre
de
burlas. Traer la vida jugada, andar a mucho peli-
gro.

SEBASTIÁN DE COVARRUBIAS
Tesoro de la Lengua Castellana o Española

Entré en la ciudad de madrugada. Nadie reparó en mí desde el ejército almorávide. Nadie me vio escabullirme como una sombra por entre los huecos ocultos de la muralla. Mi miedo sin duda se fundió con el miedo de los ciento veinte mil hombres que esperaban el ataque, hasta hacerme indistinguible de sus ansias. Soplaban un viento frío de levante que agitaba las hogueras que iluminaban las quince mil tiendas del campamento, a pesar de que era julio y en mi camino ya me había cruzado con el verano un par de veces este mismo año.

Me encontraron al alba, sentado en las almenas del Alcázar, intentando en vano arreglar las cuerdas de mi viejo laúd y sabiendo que no era momento de recordarme que tenía hambre. Apenas mediaron palabra. Me condujeron al caserío, y de ahí a los aposentos privados de quien los almorávides conocían por *al-Kanbayatur* y yo había tenido por señor y amigo, en otra época. Ya sabía que llegaba tarde: es difícil no leer malos augurios en el vuelo de la corneja.

Ximena aún no vestía de negro: quizá no había tenido tiempo de asimilar la muerte como, lo vi en sus ojos, no era capaz de asimilar las juventudes de mi vida. A pesar de los años, seguía siendo esa mujer hermosa y fuerte que yo había conocido en Burgos, los ojos fieros, la boca un punto demasiado grande, el pecho altivo. La rodeaban los capitanes de su marido, los mismos hombres que nos habían acompañado al destierro, marcados ahora también por las heridas de tanto tiempo y de tanta guerra: Álvar Fáñez, su sobrino; Pedro Vermúdez, el alférez; Muño Guztioz, su cu-

ñado; Martín Antolínez, el burgalés a quien yo tantas veces había desplumado jugando a los dados. Noté que faltaban otros camaradas: Martín Muñoz de Montemayor, el portugués; Galind García, el bueno de Aragón. Quién sabía si estaban ahora encargados de la defensa de la ciudad, o si habían caído en su conquista, o en cualquiera de las muchas hazañas que sin duda habían realizado desde que sus destinos se separaron del mío. Estaba también un hombre a quien no conocía y que vestía la mitra obispal, y que nada más verme entrar en la recámara torció el gesto y habría lanzado un anatema contra mi persona si la propia Ximena no hubiera detenido su conato de hechizo.

—Estebanillo —me recibió la dueña—. Llegas tarde, mi buen amigo.

—Tarde recibí tu aviso, mi señora —respondí. En deferencia al obispo no especificué qué tipo de mensaje era—. ¿Cuándo...?

—El domingo. La herida del cuello que recibió en Albaracín nunca curó del todo. Y ahora los ejércitos de Abu Bekr vuelven a amenazar Valencia. Nos superan en número, y ya no tienen miedo.

Se apartó, y con ella dejáronme paso los capitanes y el religioso. Avancé al encuentro del cadáver. Suele decirse que un hombre parece que duerme cuando está muerto, pero no era éste el caso, ni creo que lo haya sido jamás. Un hombre parece otra cosa cuando está muerto, un reflejo que ni siquiera recuerda a la cara que tenía cuando estaba vivo, porque los músculos se aflojan y ya no brilla en él esa luz que los seguidores de Cristo llaman alma. Lo mismo pasaba aquí. A pesar de las calzas de buen paño, a pesar de la camisa de finísimo ranzal, bordada en oro y plata, a pesar de las babuchas y el brimal labrado con oro, y la pelliza bermeja con bandas doradas tan característica, a pesar del manto de valor incomparable, Rodrigo Díaz estaba muerto.

—Los almogávares entrarán en Valencia a sangre y fuego, Truhán —dijo la voz de doña Ximena, pero sólo para

mí, sólo para dentro de mi cabeza—. Nos pasarán a todos a cuchillo. Sabe Dios que no temo la muerte, pero es posible que el emperador Alfonso venga en nuestra ayuda.

Sacudí la cabeza con tristeza, tanto por expresar mi desconsuelo ante la muerte de mi señor y amigo como para desaconsejar las palabras que Ximena machacaba en mi cerebro.

—No durará, mi señora Ximena. Sin Mio Cid, Valencia caerá tarde o temprano.

—Que tarde o temprano caiga. Pero no mañana.

Me volví. Como si todos los capitanes hubieran oído también nuestro intercambio, asintieron al unísono, con un crujido de metal y cuero. A ninguno le importaba la muerte, ahora que la muerte estaba aquí sentada. Miré fijamente a los ojos al obispo, y éste me devolvió un momento la mirada, se fijó en el guante negro de mi zurda, acabó por asentir también, dando un paso atrás, como si ese mínimo movimiento pudiera salvar de juicios divinos la decisión que tomaba.

La larga barba del Cid, ahora entrecana, había sido peinada y arreglada. Por la propia Ximena, sin duda: ningún hombre se había atrevido nunca a mesarla. Me quité el guante y extendí la mano. Podría haberlo hecho con la mano derecha, pero usar la mano que no es, la mano que existe sin existir, me pareció más aconsejable. Con ternura, acaricié aquella barba, fijándome de paso en el contorno de cicatrices de aquel rostro, la cruel herida del cuello, las arrugas en torno a los ojos. Mio Cid debía tener cincuenta y seis o cincuenta y siete años; cinco o seis más que yo. Y aquí estaba, sin embargo, muerto y antes que muerto avejentado, y yo seguía pareciendo un muchacho recién destetado, un pilluelo saltabancos, el truhán redomado que hay quien usa como nombre cuando me llama.

Elegí una larga tira de pelo, lo trencé con cuidado, como si fuera la tripa de cerdo con la que antes había intentado reparar mi laúd. La piel de Mio Cid estaba fría, del color

de ceniza bajo mi mano invisible. Con un puñal, corté la trenza y la pasé por la boca y los ojos cerrados del cadáver. Luego, la anudé despacio, con tres vueltas, una vuelta por cada religión, en torno al pomo de la espada que esperaba junto a nosotros, reluciente y afilada, como dispuesta ella sola para volver a la guerra. La reconocí: era Tizona, la espada que el rey Fernando encomendara a Rodrigo, la espada que yo quise robarle en Zaragoza.

Pasé la yema de los dedos que no existen por su filo, y de la nada brotó una grieta de sangre que la hoja absorbió como si fuera papel secante. Sin darle tiempo a que la herida cerrara, como sabía que cerraría porque mi cuerpo cura de manera prodigiosa, teñí de rojo la trenza de cabello. Esperé unos segundos mientras murmuraba para mí una letanía. Entonces, cogí la espada y la coloqué en las manos de Mio Cid.

Todos contuvieron la respiración, y don Jerónimo, el obispo, se habría persignado si Muño Guztioz no le hubiera sujetado el brazo: no era momento para poner en marcha fuerzas contrarias.

El pecho del caballero muerto se hinchó, como un odre, con un suspiro ronco que traía consigo el eco de un país desconocido. Los dedos se cerraron con fuerza en torno al pomo de la Tizona, y por fin los dos ojos se abrieron, al unísono.

—Mio Cid de Vivar, mi señor Campeador —susurré—. Valencia te llama. Levántate y anda.

Con torpeza, con movimientos que no tenían del todo la agilidad de la vida, el caballero se puso en pie. No había brillo en sus ojos, sino dos botones negros, dos agujeros oscuros en los que no me atreví a asomarme mucho rato.

—Esteban... —susurró una voz que era remedo de la voz que un día tuvo.

—Mio Cid, mi señor, tarde he llegado. Sólo puedo rescatarte brevemente del sueño de la muerte. El peligro si-

gue acechando más allá de las murallas. Es hora de que hagas lo que en vida quisiste hacer.

Álvar Fáñez acercó el casco diademado. Pedro Vermúdez alzó el escudo con el dragón furente. Mio Cid, o lo que había sido Mio Cid hasta el domingo, se puso en cruz y permitió que lo armaran. En un rincón, junto a la ventana, don Jerónimo procuraba contener sus deseos de rezar y no golpearse el pecho en un acto de contrición que ahora llegaba, como yo había llegado, demasiado tarde. Detrás del muro de cotas de malla y camisones de estopa, doña Ximena lloraba.

—No tienes mucho tiempo, mi señor Rodrigo —le dije cuando montaba en el patio, un alazán sin duda descendiente de *Babioca*—. El hechizo no aguantará más de un día, si acaso. Es lo malo de andar con la vida jugada.

No sé si aquello que ahora habitaba el cuerpo de Rodrigo me entendió. En cualquier caso, no hacía falta. El rastrillo se alzó, el caballero resucitado picó espuelas, y todo el ejército sitiado cabalgó persiguiendo a un espejismo, un fuego de artificio iluminado por un humilde aprendiz que quizá habría preferido no entender nunca de magias.

1

En el monasterio todos pensaban que mi madre era una mora. Se basaban para ello en el negro color de mis cabellos, que a pesar de la tonsura ya de niño eran rebeldes y ensortijados, aunque mi tez fuera pálida y mis ojos verdes, según me dirían luego, como la lima que cultivan en las riberas de los ríos de Sevilla. Nunca he sido ni alto ni bajo, fornido lo necesario y justo para hacerme desistir pronto en la vida de cualquier veleidad de convertirme en guerrero, y mi nariz es recta y ancha, no aguileña, las veces que no anda sangrando o rota. Mucho me extrañaba a mí, ya entonces, que una mora hubiese sido capaz no de abandonar a su hijo a la puerta de un cenobio cristiano, sino de recorrer recién parida los barrancos y las trochas para dejarme a la puerta en plena noche de diciembre. Cuando los monjes me encontraron al amanecer mi piel empezaba a amoratarse de frío, y como al parecer sobreviví en cuanto entré en calor dijeron que había sido un milagro. Me pusieron el nombre del santo del día, Esteban, y me acogieron bajo su tutela, quizá porque el pueblo estaba lejos y las nieves pronto aislaron toda ruta posible para buscar a un ama de cría y, cuando llegó el deshielo, todos se habían acostumbrado a tenerme a su cuidado y ya no fueron capaces de soltarme.

No sé si mi infancia fue una infancia feliz, porque no sería capaz de definir lo que es la felicidad ni tengo ganas de imaginar cómo habría podido ser otra infancia fuera de los muros del monasterio de Sopedrán. Ciertamente, eso lo sé, si hubiera vivido en cualquier aldea habría gozado de otro

tipo de libertad, me habría despertado al mundo de otra manera, más pronto habría saboreado el dulce cuerpo de una mujer en el estío y a lo mejor ahora sería un destripaterrones o un mercader con la faltriquera llena. Pero también es posible que me hubieran dado muerte en cualquier incursión de moros o de bandidos leoneses, o que me hubiera llevado el hambre por delante, o los fríos, o cualquier plaga, o me habría partido la cabeza uno de esos escuderos podridos de inquina por el simple placer de darle rienda suelta al instinto, o yo mismo me habría ensartado en las ramas de un árbol con tal de robar la fruta allí adornada. En el monasterio, al menos, se comía a diario, aunque mucho se rezaba, sus muros impedían la salida pero también evitaban entradas no necesarias, y pese a las faenas del huerto, y las miserias, y los piojos y los grandes pecados ridículos que sólo pueden producirse entre dos docenas de hombres solos (y que sólo pueden empeorar entre dos docenas de mujeres solas, y no me refiero únicamente a los serrallos que conocí en Córdoba), pude aprender las letras y los latines y algo de griego también, y con ocho o nueve anillos ya era capaz de copiar en tres meses un buen códice, sin equivocarme demasiado o sin que me pillaran las faltas que a buen seguro cometía.

Sin embargo, la vida religiosa nunca llegó a calar en mí, o si lo hizo cuando era muy pequeño llegó un momento en que quedé saturado de misas y de rezos. Creo que mi imaginación de niño ya ansiaba volar por encima de los muros de Sopenetrán, en pos de las hazañas que los monjes me contaban, historias de mártires a quienes los moros torturaban y se negaban a abjurar de su fe, de batallas donde aparecía de pronto un caballo encendido y un apóstol blandiendo una espada de fuego, o de los horrores que a su paso aquel azote de Dios, al-Mansur Billah, había dejado desde al-Andalus hasta Santiago. Todavía inconsciente de que un guerrero es algo más que un ganapán forrado de hierro, el niño expósito que un día fui soñaba entre maiti-

nes y laudes con empuñar un acero, montar un caballo, salir a los caminos y librar del yugo del moro los pueblos de Toledo, para arrodillarme ante el rey Fernando y recibir de sus manos una encomienda y un título, y la mano de la hija rubia de un noble a quien antes habría rescatado de la morisma. Un buen pescozón por parte de alguno de los frailes me hacía volver a la realidad, colorado de la cabeza a los pies, porque había estado hablando en sueños o hacía aspavientos con la pluma o la cuchara de palo.

Los monjes pronto dejaron de tratarme como a un muñeco y, en cuanto mostré mi disposición, es decir, en cuanto aprendí a hablar y caminar solo y ya no necesité sus cuidados (ni sus capones) y tuvieron claro que era un niño inteligente a quien podía adoctrinarse para convertirlo pronto en uno más de ellos, todo en el monasterio pareció confabularse para hacer de mí el más santificado de los frailes. Como aprendía rápido, y juntaba letras mejor que el más veterano de ellos, y hasta farfullaba el latín imitando a la perfección las eses que arrastraba don Pero el abad, pronto pareció que todos creían en efecto que yo iba a convertirme en santo allí mismo, sin necesidad de martirios ni de una vida de milagros y suplicios, solamente con mi obediencia y mi buena voluntad, y mi capacidad para hacer el bien y compartir con mis semejantes. O sea, me convertí a mi pesar en aquello que ellos habrían querido ser, de vivir en el mundo exterior, pero pretendían conseguir viviendo aislados allí dentro.

Y yo tenía nueve, diez, doce años, y soñaba con aventuras, y me aburría entre tanta misa y tanta oración, y me parecía injusto pasarme todas aquellas horas en el huerto, con la espalda rota, a cambio de dos míseras cucharadas de guiso y un pedazo de pan duro. No sabía, claro, que más allá del cenobio la vida podía ser mucho peor, ni que algún día, en momentos de desesperación y melancolía, echaría de menos aquel pan duro y aquel guiso tibio y el camastro

y las pulgas y los muros infranqueables, pero tanto más seguros, del monasterio.

Había monjes ignorantes, campesinos de corazón que habían dejado de serlo para dedicarse a la contemplación, las penitencias, los rezos y también, imposible evitarlo, las horas sembrando y recolectando en el huerto, o abriendo tumbas previsoras cada vez que se acercaban los fríos invernales. Otros se encerraban durante semanas en sí mismos, expiando con votos de silencio cualquier pensamiento o acto impuro que hubieran podido cometer (una tentación a la que yo nunca sucumbí; a la de guardar silencio, me refiero). Había quien salía de vez en cuando al exterior y regresaba colorado y con las manos encallecidas y las espaldas cuarteadas, pero jubiloso, tras haber rescatado un saco de semillas, una pintura de Nuestra Señora o un libro de Catón o de Virgilio. Había quien se empeñaba en aprender a tallar, aquellas imágenes de Jesucristo y de Su Madre que iban naciendo toscamente a golpe de escoplo, el rostro aristado, la expresión dolorida, como acusante. Otros cantaban con voz fuerte que resonaba en toda la iglesia, llevando a los demás de la magia de su capacidad cantora, ese don que Dios les había puesto en la garganta. A veces, entre un cántico y otro, el abad tenía que hacer callar al hermano Jacobo, porque le podía la pasión de su pasado.

Eso era lo que más me sorprendía de la congregación de monjes. Yo prácticamente había nacido en Sopenetrán, y no imaginaba la vida fuera de sus muros, pero quien más quien menos entre los religiosos tenía detrás una historia de lances y pecados. Algunos habían sido guerreros, hasta que hastiados de dar muerte, o lisiados, habían ingresado en la Orden. Otros, ya lo he dicho, eran campesinos o pastores. Alguno, como el abad, hijo segundón o bastardo de algún noble. Me intrigaba en especial el hermano Emmanuel, que decían que había sido musulmán, y en efecto su tez era oscura y su nariz de pico y sus ojos tan negros que parecían dos pozos febriles si te miraba a la cara, cosa que

no solía hacer muy a menudo. El hermano Emmanuel había sido un capitán sarraceno, me contaron, un príncipe hijo de Almamún, original de nombre Haly Maimón, a cuya fortuna debíamos la reciente refundación del convento y que había visto la verdadera fe cuando en el valle de Solanillos se le apareció la Santa Virgen en una higuera, con una cohorte de ángeles y vírgenes gloriosas y cercada de una gran luz y un resplandor, después de que liberara de sus cadenas al grupo de cristianos que conducía como esclavos a la corte de su padre en Toledo. Yo nunca había visto a la Virgen más que en tallas de madera o de piedra, y no acababa de creerme del todo que existieran ese tipo de milagros, pero era asomarte brevemente a los ojos del hermano Emmanuel y todo alrededor parecía convertirse en un pozo caliente, como si de pronto faltara el aire o te llegara el sople de un viento de agosto.

Cada uno de los hermanos tenía una historia a las espaldas, y eso es bueno, porque el maestro debe siempre de cultivar el misterio en todo lo referido a su persona. Así, de niño (y todavía de adulto), yo me hacía todo cabalas intentando comprender cómo el hermano cillerero estaba gordo como un tonel mientras la comida que nos servía apenas sería capaz de alimentar a un alfeñique, y después de alguna advertencia entre rezos, algo más mayorcito ya, esquivé en cuanto tuve ocasión al hermano Gundemaro, que mortificaba sus carnes con cilicios puntiagudos aunque no puedo asegurar que yo fuese la causa de sus tentaciones, si era verlo aparecer en el retablo y correr para quitarme de en medio. Tardé tiempo en comprender que, en primavera, las visitas de alguna viuda o alguna jovencita de las aldeas cercanas servían a algunos frailes para ventilar algo más que ritos de confesión, y a veces he llegado a pensar si no fui fruto de una de aquellas penitencias en la oscuridad de un claustro o la tranquilidad de una celda. De todos ellos, con quien más relación tuve siempre fue con el hermano Jacobo, que había llegado al monasterio un par de años des-

pués que yo, aunque para mi memoria estuvo allí desde siempre. Jacobo había venido pidiendo asilo, en mitad de una noche de febrero, ensangrentado y con una mano lacia y más de una puñalada en el cuerpo. Dijo que lo habían asaltado unos bandidos, y es posible que su estancia entre nosotros se debiera al temor a que lo estuvieran esperando aún al otro lado del río Badiel.

Fuera como fuese, Jacobo se quedó en el convento, quizá porque vio que allí dentro comía caliente y no tenía la cabeza puesta a precio. Cantaba bien, y entendía de rimas, y hacía juegos de manos y de naipes (aunque sólo para mí: don Pero habría montado en cólera de verlo). Jacobo había sido un truhán de los caminos, un vendedor de historias y de pócimas y ungüentos, un cantor de peripecias ajenas y anunciador de hazañas de héroes muertos. Un juglar que ahora decía estar arrepentido, aunque para mí que no era del todo cierto, porque en sus ojos se notaba cierta nostalgia del polvo del viaje y la aventura.

Solía decirme que yo le recordaba a su hijo, que había muerto o había abandonado en una de sus correrías, y por eso me tomó bajo su tutela y se dedicó, y no es que a mí me hiciera mucha falta, a instruirme por su cuenta en el arte de recitar cantares y componerlos. Una moneda, una castaña, un haba, un huevo, se convertían entre sus dedos en juguetes saltarines que aparecían de pronto detrás de mis orejas, entre los pliegues de su saya o de mis hábitos, bajo la papada roncante del hermano Eulogio o entre los frascos más recónditos de la herboristería que entre él y yo llevábamos. Sabía de guerras y de hombres de armas, y de damas silenciosas y de enemigos moros, y encandilaba con su mirada y su sonrisa desdentada los sueños del niño imaginativo que yo era. Entre los milagros de Nuestra Señora y las horas de silencio y contrición que marcaban todos los momentos de mi vida, las hazañas de reyes godos y emperadores romanos, de semidioses celtas y duendes mozárabes eran un contrapunto deseado, la única vía de escape posi-

ble, pues nunca se me pasó por la mente, barriga obliga, la idea de escaparme de allí: no me veía capaz (fui un niño listo) de sobrevivir a la vida que me podría estar esperando fuera.

Decía Jacobo que echaba dos cosas de menos dentro del convento: las mujeres y el vino. Pronto (o sea, para mi experiencia, desde siempre) suplió con creces ambas carencias. En la primavera y el verano, ya se ha dicho, llegaban de las aldeas los pastores y queseros y las mozas dispuestas a vendernos su lana o comprar nuestra miel, y entre avemarías y credos Jacobo regresaba luego a su celda canturreando canciones que poco tenían de sacras. El vino lo suplió más pronto aún, y llegó a encargarse de las viñas y de la bodega y, con su saber del mundo, pronto estuvo en disposición de producir buenas añadas que le ganaron el favor del abad y del resto de los hermanos.

En su formación, Jacobo no se atrevió, pues yo era muy joven, a lanzarme de cabeza a las aventuras soñadas con aquellas muchachas de las aldeas, pero no tuvo ningún reparo en enseñarme a consolar las noches de frío con unos tragos de buen vino. Me contaba historias y al final acabábamos los dos brindando a la salud del rey Rodrigo, o burlándonos de la falda de Viriato, y era una experiencia nueva sentir ese calorcillo bajar por el estómago y hacerse un nudo más abajo, y embotarte los sentidos y hacer que toda la tristeza se volviera alegría, aunque fuese tan sólo por unos minutos. Creo que antes de cumplir los once años me había emborrachado ya más veces que luego en toda mi vida de adulto. Es posible que no tantas, de acuerdo. Pero sí más de las que pueden parecer aconsejables en un niño.

Así pues, fui despertando a los placeres de la vida quizá de manera inversa. Todavía no había sentido la llamada de la carne, pero sí la del alcohol, quizá porque lo tenía más a mano y no era capaz aún de imaginar cómo podía ser el tacto de una muchacha bajo mi mano ni los dulces secretos que algunos frailes recordaban entre suspiros y ajustes de